

dos aplausos.) Los demás no podemos hacer en tal esfera absolutamente nada. Lo que sí debemos es la verdad á nuestros conciudadanos, sobre todo, se la debemos aquellos, cuya palabra es, sin merecerlo ciertamente, leída y escuchada: puesto un pueblo en la alternativa de optar entre la anarquía y la dictadura, opta siempre por la dictadura; y puesto un pueblo en la alternativa de optar entre la legalidad y la revolución, opta siempre por la legalidad. A las revoluciones se llega, no por la desesperación de los más, por la desesperación de los mejores. Ningún partido, pues, tiene en sus manos esas grandes pasiones sociales, parecidas en último término, por su independencia de la voluntad individual, á las grandes catástrofes geológicas.

Señores, nuestra posición es bien clara y nuestra política bien leal. Creed que el arte mejor de conspirar contra los Gobiernos reaccionarios consiste en convencer á las gentes de lo fácil y de lo ordenada y de lo templadísima que sería su sustitución por una democracia exenta de las antiguas utopías y segura de sus concretas afirmaciones: que ninguna sociedad abandona un sistema político en vigor, si no tiene otro sistema político definido con qué sustituirlo. Yo declaro que aspiro, como todos los repúblicos, al poder; y que lo ejercería de nuevo, pero con una condición indispensable, con la condición de ser llamado, no por la fuerza, por la voluntad nacional, y de ser sostenido, no por la dictadura, por el voto público expresa y claramente manifestado en elecciones libérrimas. A gobernar contra el torrente de la opinión, por virtud de medidas extraordinarias, en guerra civil perpetua, sin el concurso de la conciencia general y sin el apoyo de las Cortes, prefiero, como decían nuestro padres, remar en galeras. Por esta razón repito que no pertenecería, no á Gobiernos de sorpresa, hijos de la violencia, condenados á dictadura perpetua, llenos de compromisos imposibles de cumplir, sino á Gobiernos que desempeñen el modesto, pero saludable cometido de arrancar el poder público de esta nación á las manos de

las oligarquías reaccionarias que hoy lo poseen, para devolvérselo, no á un hombre, no á un partido, no á una clase siquiera, á la nación misma, representada con todos sus ciudadanos en unas Cortes nacidas del sufragio universal. Los exaltados sostienen, al oírnos hablar así, que renunciamos á nuestro antiguo ministerio de profetas y que caemos en la vulgaridad política condenada á la eterna indiferencia de la historia, cuyo juicio tanto hemos temido en otro tiempo. Pues ni siquiera esa observación nos persuade, porque la historia no ha aguardado ninguna palma de triunfo y ninguna corona de laurel para la exageración y para la utopía. Nadie se acuerda de los demagogos que exageraron las ideas de los Gracos y los condujeron á la muerte, mientras las generaciones todas elevan templos á la moderación martirizada de los grandes tribunos de la plebe. No le preguntéis á ningún hombre de seso, porque le ofenderiais con la pregunta, si prefiere la fama de Catilina á la fama de Cicerón. Cuando Melanchthon presentó la confesión de Augsburgo, tan conciliadora, hasta los luteranos mismos la tachaban de herética, y esa confesión ha pasado á canon del protestantismo, en tanto que todo el mundo olvida las exageraciones de Carlstadt y las locuras de Leyden. La revolución inglesa nada debe á los niveladores, en realidad sus enemigos más acerbos; y lo debe todo á los liberales templados, en realidad sus fundadores más gloriosos. De la revolución francesa quedan como imaculados, no los montañeses de Danton, no los jacobinos de Robespierre, no los exterminadores de Marat, no los comunistas de Baboeff, los templados, los moderadísimos, los prudentes, la legión helénica de los inmortales girondinos. En la poesía y en la historia americana no han tenido un aplauso los violentos partidarios de una convención dictatorial y de un régimen terrorista, lo han tenido hombres del buen sentido de Franklin y de la honradísima templanza de Washington. Entre nosotros mismos no han abolido la Inquisición, no han soterrado el absolutismo, no han so-

brepuesto la tribuna y la prensa modernas á los conventos y á las amortizaciones de la España antigua, no han traído la libertad religiosa, no han fundado la democracia, los rojos, los regateros, los cantonales, sino lo más templados entre los demócratas; que los triunfos de la política se alcanzan por el conocimiento de la realidad, y la realidad se modifica con lentitud y se somete, no á las violencias y á los arrebatos, sino al arte y al cálculo. (*Aplausos.*) ¿Sabéis el sintoma que más indica el próximo triunfo de la democracia y su definitivo establecimiento? Pues nuestra moderación y nuestra prudencia, desconocidas, si se quiere, de los contemporáneos, á quienes ciega la pasión del momento, pero destinados á un eterno lauro en los juicios severos de la historia. La democracia no triunfará hasta que la templanza sea en ella tan popular como fueron populares en otro tiempo las exageraciones.

En prueba de esta moderación y de esta prudencia, os digo que no preguntemos á nadie por su origen; que no le demandemos su genealogía democrática y su hoja de servicios históricos; que no creemos una especie de nobleza para la antigüedad y los antecedentes. Uno de los males mayores de la segunda República francesa, y en él no ha caído ciertamente la tercera, fué dividir á los republicanos en republicanos de la vispera y republicanos del día siguiente.

De nosotros será bien admitida toda adhesión sincera y honrada. Lo que sí creemos, y como lo creemos lo decimos, es que los llegados de escuelas más conservadoras á nuestra escuela, y de partidos más templados á nuestro partido, tienen dos deberes: primero el de no echarnos de nuestra casa como suelen, con frecuencia; y segundo, el de no reforzar los centros y las izquierdas de la democracia; para lo cual no tienen autoridad alguna en sus antecedentes, sino la derecha, la extrema derecha, es decir, el término más cercano á la serie de sus ideas, el punto más próximo á la naturaleza de sus compromisos, el partido más análogo á su partido. Esta es, pues, mi última y más importan-

te advertencia. Os he mostrado, como debía, el fondo de mi corazón y el fondo de mi pensamiento, hablando, cual pudiera hablar en una conversación privada, sin ninguna reserva y sin ningún recelo, porque si no se imponen á los enemigos mis ideas, se impone á los enemigos mi sencillez. Trabajemos por moderar la democracia, seguros de no exagerar nunca este trabajo. No descansenos, aunque nos detenga la malicia y nos dé su veneno la calumnia. Nuestra obra es al par obra de conservación y obra de progreso, equidistante de las dictaduras que vienen de abajo y de las dictaduras que vienen de arriba. Nuestro pensamiento se reduce á reivindicar para los ciudadanos el gobierno de sí mismos en todo lo concerniente á la esfera individual; y á reivindicar para la nación, á su vez, el gobierno de sí misma en todo lo concerniente á la esfera nacional. La idea es demasiado vasta y pide todo un siglo. Si la separación de la conciencia y del Estado, anunciada por Sócrates, no se realizó hasta los tiempos de Cristo; si la línea divisoria entre el poder temporal y el poder espiritual, vista en sueños por algunos estóicos de los primeros tiempos del imperio romano, llegó á la realidad el día en que se constituyeron separadamente el Pontificado y el Imperio; si la paz religiosa internacional proclamada por Tomás Moro en el siglo décimo-sexto no se cumplió hasta el siglo décimo-séptimo en el tratado de Westphalia; si los derechos naturales que entreviera Grocio no se proclamaron hasta la revolución americana y la revolución francesa; el principio de la soberanía nacional escrito por los legisladores de Cádiz, al comenzar este siglo, como una verdad teórica, será una verdad práctica al concluirse y dictar su gran testamento político, perteneciendo de esta suerte la nación á todos sus hijos, que habrán realizado la libertad, la democracia y el derecho, con el aplauso del mundo y las bendiciones de la historia. He dicho. (*Ruidosos y prolongados aplausos. Los asistentes se levantan de todos lados á saludar y felicitar al orador. Entusiastas y repetidas aclamaciones.*)